

www.elboomeran.com

Franca D'Agostini

Mentira

Traducción de Ana Miravalles



Adriana Hidalgo editora

D'Agostini, Franca
Mentira - 1ª. ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013
184 p.; 17x12 cm - (filosofía e historia / fundamentales)

Traducido por: Ana Miravalles

ISBN 978-987-1923-...

1. Filosofía Moderna. I. Miravalles, Ana, trad. III. Título.
CDD 190

filosofía e historia / fundamentales

Título original: *Menzogna*
Traducción: Ana Miravalles

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© 2012 Bollati Boringhieri editore, Torino
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-
ISBN España: 978-84-15851-

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

EXORDIO

De la verdad a la mentira

Nunca como en este período se le ha prestado al concepto de verdad tanta atención en el campo de la filosofía y en el debate público. En el campo de la filosofía, ha observado Michael Lynch, “ha habido en los últimos años un verdadero *boom* de los estudios sobre la verdad”, entre libros, artículos, congresos, talleres y conferencias. Tal vez, la década 2002-2012 podría ser llamada *truth decade* [la década de la verdad], del mismo modo que la anterior (los años noventa) fue denominada *brain decade*, la década del cerebro. En la esfera pública, un caso emblemático se puso de manifiesto en la época de la primera elección de George W. Bush en la Casa Blanca, cuando los republicanos conservadores se autoproclamaron defensores de la verdad, contra el “relativismo” de los intelectuales demócratas. Desde entonces, la frecuencia con que se invoca la verdad ha aumentado enormemente. En

Italia, en particular, esta misma apelación ha funcionado en sentido contrario, para favorecer la caída del gobierno de derecha: intelectuales y periodistas como Franco Cordero, Giuseppe D'Avanzo, Barbara Spinelli, Marco Travaglio han puesto en acción de manera sistemática las razones de la verdad violentada, contra el primer ministro italiano. Más en general, la propia palabra “verdad”, que en el pasado se consideraba exclusiva de metafísicos y religiosos, aparece cada vez más a menudo en el habla común y en los discursos de los políticos.

Si uno se pregunta la razón de todo esto, en el fondo es fácil responder. En una sociedad hiperinformada e hipercomunicativa (cf. § 4.4), aumenta la cantidad de informaciones verdaderas disponibles, y aumenta también la cantidad de mentiras, porque los controles se dificultan cada vez más y porque basta con poseer el *medio*, es decir, buenos recursos comunicativos, para disponer del *mensaje* (y por lo tanto manipular, engañar, usar a la comunidad y a los individuos en beneficio propio).

Tenemos, entonces, una primera y simple evidencia, conocida ya por los antiguos: la verdad entra en crisis por exceso, y no por defecto. “Hay muchas especies de ojos. [...] por consiguiente, muchas verdades,

y por lo tanto, ninguna verdad”, escribía Friedrich Nietzsche, sintetizando el pasaje del trivialismo (todo es verdad) al nihilismo (nada lo es).

Pero se confirma, además, otra evidencia mucho más interesante, o sea, el hecho de que, al igual que los otros conceptos filosóficos fundamentales como “realidad”, “justicia”, “bien”, etcétera (si se quiere: el *unum, verum, bonum*, las “viejas glorias” de la filosofía, como decía John Austin), el concepto de verdad se vuelve significativo y se ubica en el centro de la atención en el momento en que se plantean dudas, incertidumbres y disputas con respecto a él. En condiciones normales, no me pregunto si esta mesa es *real*, si lo que hice es *justo*, o si lo que dijiste o lo que leo en el diario es *verdadero*. Lo hago si tengo dudas, o si alguien pone en discusión las evidencias con las que me manejo. Esto nos indica que la filosofía, con sus conceptos fundamentales, es una disciplina (o, mejor dicho, una actividad) de emergencia: cobra importancia en circunstancias críticas, cuando es difícil decir “esto es verdadero”, “esto es justo”, etcétera, y al mismo tiempo parece necesario decirlo. De ahí se deduce también que resulta confuso plantear la cuestión de la verdad y de su importancia en términos antagónicos, contraponiendo a sus defensores con sus enemigos: aunque

sólo sea porque, en rigor, las razones escépticas de los segundos deberían ser compartidas por los primeros, si en realidad estuvieran interesados en la verdad (y no tanto en defender cánones, ortodoxias y poderes).

Si se acepta esta versión del problema, es fácil comprender que el gran número de mentiras o mentiras a medias –sospechadas, intuitas, reveladas por completo o a medias– que nos rodean fue lo que hizo que, de repente, la noción de verdad se volviera interesante e importante (en especial, en Italia). La sospecha de mentira genera la verdad, en el sentido de que hace aparecer el concepto en las mentes y en los discursos: el presidente del Consejo dice que hemos salido de la crisis, pero *¿será verdad?*; los embajadores estadounidenses mantienen, aparentemente, óptimas relaciones con los miembros del gobierno italiano, pero esto *no es verdad*: puede leerse en los informes oficiales divulgados por WikiLeaks, que la opinión que tienen de ellos es casi de desprecio; el caso Strauss-Kahn fue archivado, pero en realidad, eso no quiere decir que lo que dijo la mucama del Hotel Sofitel no haya sido de algún modo *verdadero*...

Por otro lado, la estrecha relación entre verdad y mentira es casi un lugar común, tanto en la literatura filosófica como en la que no lo es. Heidegger, y con

él muchos otros, recuerdan que el término *alétheia* (verdad) contiene *léthe*, el ocultamiento (o el olvido), y por eso podría decirse que el proceso de asignación del valor de verdad presupone la falsedad, el error. El simple test de Sally-Ann, que los psicólogos usan para identificar el acceso a las “funciones intelectuales superiores”, muestra que los niños adquieren el concepto de verdad (y por lo tanto están en condiciones de intercambiar y de reconocer informaciones verdaderas) sólo después de haber aprehendido los conceptos de engaño y error.

Pero no es necesario ahondar en las raíces de nuestra lengua conceptual ni molestarse en citar a los científicos cognitivistas para reconocer lo que está a la vista de todos nosotros: que nadie se preocupa por la existencia de las mesas, del bien o de la verdad de lo que se dice si no se plantean dudas o discusiones. No tiene ningún sentido decir “esta mesa existe”, salvo en el contexto de una discusión en la que alguien lo ponga en duda. “Este hombre no está loco, tan sólo está filosofando”, escribe Wittgenstein en *Sobre la certeza*, al observar que enunciados como “esto es un árbol”, o “aquí hay una mano” no tienen ninguna utilidad en condiciones normales, pero figuran con todo derecho en las discusiones filosóficas.

La fragilidad de la verdad

Pero ¿qué es, en definitiva, la mentira, y cómo funciona? La literatura sobre este tema es vastísima: va desde la retórica hasta la politología, desde la psicología hasta la sociología, pasando por la lingüística y la filosofía del lenguaje, la economía y la historia de la literatura. Lo que propongo en estas páginas es un análisis de la mentira *desde el punto de vista del concepto de verdad*.

Comenzaré con algunas indicaciones sobre el significado de verdadero y falso, y veracidad, sinceridad y transparencia (cf. capítulo 1); abordaré luego la definición de mentira y la diferencia entre mentira, falsedad y simulación (cf. capítulo 2). Analizaré brevemente la valoración de la mentira: ¿es buena a veces?, ¿siempre es mala?, ¿cuándo es perdonable y cuándo, no? (capítulo 3); y examinaré en detalle las fuerzas y las formas de la mentira (capítulo 4).

Los tipos de mentira identificados en el libro pueden determinarse teniendo en cuenta algunos puntos oscuros o débiles de la noción de verdad, y algunos problemas que esta noción presenta. He aquí, en síntesis, los cuatro problemas principales.

Asimetría. Ocuparse de la mentira desde el punto de vista de la verdad significa, en primer lugar, encontrar una asimetría, señalada con frecuencia en la tradición. La verdad es una, la mentira es múltiple. Desde un punto de vista más técnico, para la lógica clásica, lo que no es verdadero es falso, y lo que no es falso es verdadero; pero en realidad, mientras que lo verdadero es verdadero y basta (como dice Crispin Wright, es “absoluto”), el campo de lo no verdadero es más bien vasto, indefinido y multiforme. En la práctica, esto significa que el mentiroso tiene muchos recursos, y existen muchos modos de mentir: está la *mentira simple* (simplemente decir algo falso) y la *metamentira* (decir que no se dijo lo que se dijo, o que no se dijo con intención de mentir); está la *prementira* (que prepara las condiciones para que futuras mentiras puedan aceptarse como verdaderas) y está también la *mentira sin mentira*: por ejemplo “por implicatura” (decir una verdad parcial, que lleva a creer algo que es falso). Están, además las mentiras de *simplificación*, o de *evidencia suprimida* (contar versiones elusivas o calculadas de los hechos), de *imprecisión* (aprovechando la imprecisión del lenguaje y de la realidad). El debate público italiano reciente ha ofrecido excelentes ejemplos para cada uno de estos procedimientos. Más adelante analizaremos algunos de ellos.

La invisibilidad de la verdad. Una segunda circunstancia, obvia, pero sobre la que nunca se reflexiona lo suficiente, es que *verdadero* es una propiedad *invisible*, inaferrable, no mensurable. “Veo que salió el sol –escribía Gottlob Frege–, nunca veo que es verdad que el sol salió”. En filosofía esto se explica diciendo que la verdad es una propiedad *inferencial* o *reflexiva*: sirve para efectuar “ascensos semánticos” como decía W.O. Quine, o sea, para pasar “de hablar del mundo a hablar de palabras”. En otros términos, si se quiere, la verdad es la propiedad incorpórea que tienen mis palabras de dar cuenta de la realidad corpórea. Cuando digo “es verdad lo que dijo el Papa”, estoy expresando un *hecho*: el hecho de la correspondencia o adecuación entre las palabras del Papa y la realidad. Pero este hecho es extremadamente débil e incierto, es un “hecho blando” (como sugería John L. Austin): “tan blando que dudaríamos en llamarlo un hecho”.

La invisibilidad es un requisito que la verdad comparte con la mentira, pero mientras que para la primera es un daño, para la segunda es una ventaja evidente. Nunca sabré si estás mintiendo o no, a menos que tú mismo lo confieses, o que yo tenga evidencias de primera mano, y también en este caso tal vez podrías convencerme de que no vi lo que vi o,

incluso, de que no estoy viendo lo que veo. Stendhal (*De l'Amour*) le aconsejaba al marido sorprendido por su esposa en la cama con una amante que negara incluso conocer a la señora en cuestión.

Ciertamente, mentir tiene efectos físicos más o menos visibles: hay quien se ruboriza, quien aprieta los labios, incluso se activan algunas áreas del cerebro; pero ni nuestra instintiva o cultivada perspicacia para captar los signos del engaño ni los *escáneres cerebrales* o el *polígrafo* (la máquina de la verdad) son auténticos instrumentos de detección de la mentira. Lo que captan es sólo la capa de emotividad que rodea al acto de mentir. Y si no hay evidencia indiscutible, todo queda inexplicado, y en suspenso.

Lo incompleto. Un enunciado aislado, tomado por sí mismo, es, por lo general, *incompleto*, por lo tanto no puede ser propiamente verdadero o falso. Yo digo “llueve”, pero lo que digo es verdad sólo con respecto a una situación o un caso concreto: si lo digo en un momento en el que no llueve, es falso. Frege explicaba que “llueve” no es verdadero ni falso, mientras que “hoy, 7 de julio de 1918, en Jena a las 10.30 horas llueve” es verdadero o falso, y si es falso, lo será así por siempre. En otras palabras, la verdad exige completitud. Es

necesario eso que François Recanati llamó “enunciado *extendido*” o “proposición austiniana”, que abarca todo el contexto. Completamos “llueve”, y entonces obtenemos algo que puede ser considerado verdadero o falso.

Pero ¿cuándo un enunciado está realmente completo? En realidad, muy pocas veces (al menos cuando el concepto de verdad está en discusión). En el debate público, en los tribunales y también en las comunicaciones habituales, los enunciados cuya veracidad tenemos que evaluar son, por lo general, incompletos. Por ejemplo, se dice: “Berlusconi cenó con Tarantini” (el industrial de Bari acusado de promoción y explotación de la prostitución, tráfico de cocaína y extorsión en perjuicio del propio Berlusconi), y es verdad; entonces, alguien dice: “También D'Alema cenó con Tarantini”, y eso también es verdad (es una aplicación del *tu quoque* [tú también], uno de los recursos más usados en el debate público de la Italia de Berlusconi). Pero, mirados atentamente, los dos enunciados extendidos son muy diferentes: D'Alema se encontró por casualidad en una cena con Tarantini; en cambio, Berlusconi invitó a Tarantini en reiteradas ocasiones a su casa.

El carácter incompleto de los enunciados de uso común (un problema al que eran particularmente sen-

sibles los coherentistas idealistas) garantiza el éxito de la “mentira sin mentira”. Basta con recordar el célebre caso citado por Josiah Royce: el capitán de un barco, preocupado porque el primer oficial bebe demasiado, empieza a escribir repetidamente en el diario de a bordo: “Hoy el primer oficial está borracho”; el primer oficial lee el diario de a bordo y escribe sólo una vez: “Hoy el capitán no está borracho”. El enunciado probablemente era verdadero, pero quien lo leyó podía inferir sin dificultad: “Hoy no está borracho; en cambio, los demás días sí lo está” (cf. § 2.1). Lo que es particularmente desagradable, en este tipo de verdades mentirosas, es que la responsabilidad pasa a ser por completo de quien lee o escucha, es decir, de la víctima del engaño. (cf. § 3.3). Por eso, como observa Jennifer Saul (*Lying, Misleading, and the Role of What is Said*), engañar, es decir, insinuar que lo falso es verdadero, es tan condenable desde el punto de vista moral como decir lo falso, si no más.

¿Realidad? Una cuarta cuestión, considerada fundamental por algunos, es que si la verdad es frágil en su carácter absoluto (mientras que la mentira es dúctil y resistente), invisible (también la mentira es invisible, pero esta es una ventaja a su favor), y además

se presenta con frecuencia incompleta y dependiente del contexto (por lo tanto, la mentira puede servirse de la verdad misma), aún más frágil y vacilante es el concepto que le da sentido y razón de ser, el de *realidad*. Decir la verdad consiste en decir “las cosas como son”, pero ¿cómo son las cosas? En definitiva, ¿existen *cosas*? Y si “verdadero” significa “conforme a los hechos”, ¿cómo son hechos los hechos que hacen que los enunciados verdaderos sean verdaderos? En el fondo, para tener acceso a los hechos —especialmente a los que más nos interesan—, es necesaria una cierta dosis de reconstrucciones y combinaciones de verdad, verdad a medias y cuasifalsedad.

La filosofía moderna y posmoderna, y tanto la analítica como la continental, reconocen todo esto de manera unánime (cf. § 1.2). Pero justamente de ahí deriva una forma interesantísima de *superprementira* que se vuelve mentira ambiental o, antes bien, *global*. Una sociedad en su conjunto, una cultura en su conjunto están predispuestas a legitimar la mentira sobre la base del hecho de que, al no haber (una sola) realidad, tampoco hay verdad. Es el famoso *nihilismo*: “Lo que nos caracteriza —declaraba Nietzsche— es que no tenemos verdades”. Por supuesto, eso tenía que ser *verdadero*, por lo tanto la negación de la verdad

es absurda: es como el caso del hombre que creía que estaba muerto, o de quien está sentado en un banco de una plaza y dice: “Los bancos de plaza no existen, ¡tengan cuidado con los bancos de plaza!”. Además, el fin de la verdad era una noticia francamente exagerada. A pesar de las afirmaciones de Nietzsche y de quienes piensan como él, los conceptos de verdad y realidad han seguido funcionando, orientando la ley, la ciencia, y la vida individual y colectiva.

Sin embargo, muchos creyeron en esa extraña teoría. Los filósofos contemporáneos, desde Hannah Arendt (“Verdad y política”) hasta Michael Lynch (*La importancia de la verdad para una cultura pública decente*) han hecho un gran esfuerzo para alertar contra los desequilibrios que puede provocar una convicción semejante. Pero el aspecto en realidad curioso de la situación es que si todos mienten (o pueden mentir) y todos lo saben, la mentira desaparece. Lo explicó muy bien Dario Fo, comentando *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo. Dice Maquiavelo: “El Príncipe debe aprender a mentir”, pero, puesto que el Príncipe miente y nosotros lo sabemos (justamente porque nos lo dijo Maquiavelo), sus mentiras son inútiles. Diría Nietzsche: al perder la verdad, ¡también hemos perdido la mentira!